

LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO SUBDESARROLLADO EN AMÉRICA LATINA *

JORGE GRACIARENA **

LOS PRINCIPALES INDICADORES cuantitativos regionales de tipo económico registran un crecimiento productivo bastante considerable en la última década. En efecto, América Latina parece haber superado la situación de estancamiento generalizado de fin de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Entre 1965 y 1969 la producción industrial creció a una tasa modesta del 6.5%, registrándose diferencias considerables en las tasas de los diversos países. Aunque la tendencia económica general de la región fue moderadamente expansiva, la producción agrícola creció a tasas aún más modestas. Al mismo tiempo se anotaron algunas variaciones de los indicadores sociales; por ejemplo, en la distribución de algunos sectores de la fuerza de trabajo, en la urbanización, en la escolarización de la población, en salud y vivienda. Sería ocioso detallar aquí las magnitudes de estas transformaciones pues se les encuentra fácilmente en muchas fuentes de organismos internacionales como la CEPAL, ILPES, UNESCO, OEA, etc.

Una primera observación de las cifras estadísticas indicadas antes promueven un optimismo que a este nivel de observación superficial no parece exagerado. Así, fácilmente se comprueba que las sociedades latinoamericanas están experimentando un acelerado proceso de modernización. Hasta aquí no parece haber diferencias considerables con los patrones históricos de modernización de los países centrales hoy industrializados, con la diferencia de que en la comparación con éstos se observa una aceleración general del proceso de modernización de los países subdesarrollados que alcanza con ritmos más intensos a casi todos los órdenes de la vida social, desde la fuerza de trabajo a la explosión demográfica y desde la escolarización a la urbanización. Esta acentuada aceleración de los más importantes procesos de cambio y sus tendencias ahora evidentes están presentando un cuadro de profundas dislocaciones y desequilibrios estructurales y regionales, algunos de ellos comunes en la historia del crecimiento industrial capitalista mientras que otros son inéditos porque presentan características y perfiles anteriormente desconocidos.

* Este trabajo expresa solamente las opiniones personales del autor y no compromete a las instituciones de que forma parte. Fue presentado a la Conferencia Internacional sobre "Crecimiento económico y equidad social: rumbos y modelos de futuras sociedades en la América Latina", que tuvo lugar en Bonn del 17 al 19 de octubre de 1972. La versión actual ha sido corregida.

** Miembro del Centro Latino-Americano de Pesquisas en Ciências Sociais, Río de Janeiro.

La interpretación de estas tendencias conduce a una apreciación bastante menos optimista del futuro inmediato de la sociedad latinoamericana. Es la naturaleza de estas principales distorsiones y tendencias estructurales lo que intentaremos analizar en las líneas que siguen con respecto a la mayoría de los países latinoamericanos que se encuentran organizados de acuerdo con patrones capitalistas. Por lo tanto, de las consideraciones siguientes están excluidos países como Cuba y Chile. El énfasis del análisis estará puesto en la incidencia de estas tendencias sobre la dinámica del cambio político.

En el plano económico se pueden señalar algunos desajustes importantes. En primer lugar, la superación del estancamiento industrial ha concentrado las mayores tasas de crecimiento en los países de menor desarrollo relativo, es decir, con un menor grado de industrialización considerado tanto desde la perspectiva de la proporción de valor agregado generado por la industria como por la distribución de la fuerza de trabajo. Al contrario, el crecimiento industrial fue mucho más bajo entre los países de mayor y más antigua industrialización relativa donde las tendencias al estancamiento parecen persistir.

Pero acaso más importante que estos desniveles en las tasas de crecimiento sea el hecho de que la industrialización se procesa de una manera tal que la modernización tecnológica y organizativa que ella trae consigo parece estar creciendo en un compartimiento aislado y con muy pocas repercusiones en los sectores productivos más tradicionales y "primitivos" dentro de la misma sociedad. Los mecanismos *myrdalianos* de la "causación circular" parecen estar operando a pleno vapor.

Las distancias entre los sectores modernos y tradicionales y, también, entre los "polos de desarrollo" y las regiones más atrasadas están creciendo en muchos sentidos. Parece ser bastante claro que el dinamismo de los "polos" no solamente no se proyecta sobre las áreas marginales sino que opera de una manera que succiona continuamente recursos humanos y económicos del *hinterland* tradicional, sea a través de las migraciones, de las transferencias financieras o de los precios relativos.

Este fenómeno de "heterogeneidad estructural" como ha sido denominado por Aníbal Pinto tiende a concentrar los frutos del progreso técnico en las metrópolis y en la cúpula de la distribución del ingreso. Algunos autores han denominado esta situación como de "colonialismo interno" centrado en las metrópolis y los polos de desarrollo. Sea lo que fuere, lo que parece cierto es que las tendencias son más a la desagregación que a la integración de estas regiones.

Estas tendencias convergentes a la concentración económica han generado el fuerte contraste entre un remedo de sociedad de consumo formado por minorías casi ínfimas, que viven sofisticada y opulentamente, y la pauperización creciente de vastos sectores populares rápidamente desagregados de la sociedad tradicional, que viven miserablemente.

Esta situación es el resultado de un conjunto entrelazado de factores diversos que operan convergentemente en muchos planos de la vida social y política. En una perspectiva más concreta, esta tendencia a la

concentración del ingreso y a la diversificación consiguiente de la estructura de la demanda se proyecta sobre los dinamismos productivos engendrando una expansión vertiginosa de los bienes de consumo duraderos (que son los sectores líderes de la industrialización latinoamericana) en desmedro de la producción de alimentos que se ha mantenido estancada o, a veces, por debajo de los niveles de crecimiento de la población.

Además, el "efecto demostración" y la presión de los medios de masa se ha trasladado al seno de la mayoría de las sociedades latinoamericanas produciendo el deterioro de la estructura del consumo y de la racionalidad en el uso del ingreso social e individual, en desmedro de la calidad de la vida, lo que es mucho más grave en sociedades donde el infraconsumo de los bienes indispensables es la regla para la gran mayoría de la población.

La modernización económica y la industrialización no han producido una modernización correlativa de la estructura ocupacional, antes bien, han gestado nuevas distorsiones no menos serias que las anteriores. En términos relativos, la ocupación en el sector moderno ha tendido a estancarse como consecuencia de la utilización de tecnologías avanzadas de alta intensidad de capital y baja intensidad de mano de obra. Lo que ha crecido hasta niveles de hipertrofia, es un sector terciario formado, por un lado, por ocupaciones de tipo burocrático y, por el otro, por actividades y servicios personales y tareas manuales de baja productividad.

Esto ha sido inevitable si se relaciona aquel problema de la tecnología que ahorra mano de obra con el de las migraciones y la urbanización, aceleradas ambas por una verdadera explosión poblacional. Las nuevas distribuciones ocupacionales reflejan en gran parte las mismas características y perfiles de la concentración del ingreso y del consumo, que ya fueron indicados. Todas ellas son expresiones de las configuraciones políticas y económicas que están emergiendo en muchos países de la región y que reflejan tanto la configuración de poder interna como la situación de dependencia externa.

Como dice bien Aníbal Pinto, la ilusión de que la industrialización conduciría a un proceso de crecimiento económico autosostenido y a un desarrollo social más equilibrado y justo, generó un "optimismo que se ha apagado o desaparecido". Menos aún ha producido la industrialización la esperada homogeneización estructural de la sociedad, con la reducción de las distancias relativas en los desniveles de productividad de los varios sectores económicos y con la difusión generalizada de patrones modernos de organización política, social y económica. La idea de la modernización como un "reguero de pólvora" parece estar seriamente cuestionada por la experiencia reciente de la manera como se procesa el crecimiento económico de los países capitalistas latinoamericanos, donde los rasgos centrales parecen ser la discontinuidad y la concentración.

En cuanto a la situación externa, todos los indicadores señalan un

aumento persistente de la dependencia foránea. Desde las condiciones en que se procesa la transferencia tecnológica y sus costos económicos y políticos hasta el financiamiento de los sectores más dinámicos de la economía, pasando por el control de las empresas líderes, los datos existentes revelan un mayor predominio externo. Sectores enteros de las economías latinoamericanas han sido desnacionalizados pasando a operar en condiciones cuasimonopólicas bajo el liderazgo de compañías multinacionales dirigidas desde el extranjero. El endeudamiento externo y los compromisos financieros internacionales han superado todos los niveles anteriores y continúan creciendo vertiginosamente; ya en varios casos la capacidad de pagos externos ha sido excedida obligando a continuas renegociaciones de la deuda anterior.

Este proceso de desnacionalización creciente de las economías latinoamericanas se manifiesta agudamente en algunos sectores claves de la producción, comercialización y financiamiento de las exportaciones, y los intereses extranjeros han pasado recientemente a controlar los sectores más dinámicos y expansivos de la producción para el mercado interno. La empresa multinacional y la formación de conglomerados, a veces con empresas nacionales (del estado y privadas), han sido los agentes principales de este proceso. El estado ha participado crecientemente sobre todo en la creación de infraestructuras y en la generación de economías externas (transportes, energía, comunicaciones, etc.) para favorecer las oportunidades económicas y los beneficios del sector privado. También ha actuado, y con energía, en la creación de las condiciones políticas necesarias para poner en práctica este tipo de crecimiento y contener las presiones sociales y políticas que puedan perturbarlo.

Todos los datos existentes revelan que las empresas nacionales del sector privado están pasando a tener una posición subordinada y complementaria del capital extranjero, que ha pasado a dominar los mecanismos más dinámicos de impulsión y control de la economía de los países latinoamericanos de tipo capitalista. Dónde este control es más evidente y acentuado es en la transferencia de "know-how" y de tecnología porque ahí se registra un progreso incesante en los países centrales que sólo limitada y parcelariamente se deriva hacia los países subdesarrollados bajo condiciones generalmente desfavorables.

De esta manera se asegura por una parte la persistencia de las ventajas relativas de productividad que separan a los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados; por la otra, las condiciones en que se produce la recepción tecnológica engendran vínculos de dependencia creciente y altos costos de financiamiento externo. Una consecuencia adicional es el conjunto de distorsiones sectoriales y ocupacionales que se manifiestan en la producción económica y que son la consecuencia de una expansión orientada por la búsqueda de una mayor tasa de lucro empresarial y las necesidades políticas del sistema. La política económica de los estados capitalistas latinoamericanos tiende a acentuar más que a corregir los desajustes económicos y sociales derivados de la concentración y los desniveles tecnológicos favoreciendo una desenfrenada

expansión capitalista de tipo expoliador a costa del nivel de vida de las masas y de la equidad social de todo el sistema.

Desde el punto de vista social hay también algunas tendencias y procesos que producen preocupación en cuanto al futuro de la mayoría de las sociedades latinoamericanas. El modo como se produce la modernización social es abrupto y discontinuo y revela la incapacidad —o la negación— de los grupos dominantes para planear y llevar a cabo cambios estructurales orientados, por medios racionales adecuados, a alcanzar objetivos generales que sean de interés para las grandes mayorías sociales. Por eso es que, no obstante toda la importancia formal que han adquirido recientemente los planes económicos y sociales, las transformaciones estructurales que se producen en la región son erráticas y van generalmente a la zaga de un proceso que, en muchos sentidos, conserva y aun agrava distorsiones estructurales antiguas, creando nuevas irracionalidades en la asignación de recursos para la producción económica y para el consumo, y dando lugar al contraste tan visible de pequeñas islas de opulencia rodeadas por un mar de miseria poblado por masas que viven en situaciones de infraconsumo.

En el plano político, se advierte el contrapunto entre el creciente autoritarismo político del estado y la violencia institucional en sociedades que experimentan profundos y rápidos procesos de movilización social y política. En general, las excepciones son pocas y en los últimos años se ha observado una tendencia a la acentuación de la limitación de las oportunidades políticas, que van desde la instalación en varios países de gobiernos abiertamente dictatoriales hasta diversas formas de manipulación ideológica y de restricción a la participación política.

Todo esto ha sido acompañado por un autoritarismo generalizado y por una elevación de los niveles de la represión política y social, que ahora asume el estilo de una violencia institucionalizada y legitimada por el gobierno y a la que sigue la respuesta de una contraviolencia que emana de los grupos impugnadores que se oponen al sistema y a sus políticas. La intransigencia entre estas posiciones así polarizadas ha producido un estado de creciente disociación entre los valores e intereses encarnados en las políticas del gobierno y las aspiraciones de las más vastas mayorías populares. Es esta falta de consenso popular y legitimación política real la que produce una corriente continua de tensiones que no se pueden resolver en muchos de los presentes regímenes políticos latinoamericanos y que conducen al esquema mencionado que va de la violencia y represión institucional a la contraviolencia del terrorismo urbano y la guerrilla rural.

En medio de las tendencias ya enunciadas están emergiendo nuevas formas y estilos de ejercicio del poder, de coaliciones y de tipos de institucionalización política. En este vasto panorama se destacan dos tendencias. La primera tiene que ver con la progresiva y acentuada tecnocratización del poder. La segunda con la dominante presencia militar en los escalones principales del poder. En gran medida, se puede considerar que ambas tendencias son complementarias. Parece evidente que

la presencia militar introduce un nuevo estilo político del que la tecnocracia es un elemento inseparable. Al respecto cabe destacar la notable modernización y eficacia que han alcanzado recientemente las técnicas represivas —gracias a la asistencia técnica extranjera— que han aumentado muy considerablemente la capacidad del estado para manipular a las masas y reprimir la lucha política.

Este nuevo estilo político es, en parte, el resultado y, en parte, la causa de la decadencia de la política tradicional, concentrada en los cuerpos deliberativos y en los partidos políticos. Si bien estos órganos de expresión política no han desaparecido en todas partes, su función normativa y rectora ha sido en gran medida transferida al poder ejecutivo y a los organismos administrativos de planeación, que son la sede institucional de los nuevos tecnócratas.

Esta organización del poder formal es la base operacional de nuevos tipos de coaliciones donde se destaca la presencia militar ya no más en la antigua función de arbitraje entre contendientes políticos. En la actualidad la fuerza militar se ha convertido en una fuerza política que actúa por su cuenta y que impone su peso decisivo en muchas coyunturas políticas.

Ahora se pretende que el ejercicio del poder se refiere a problemas —aunque sean conflictos— que deben ser resueltos de acuerdo con criterios técnicos propuestos por “especialistas” que aplican conocimientos científicos. El área de las decisiones políticas está circunscrita a la cúpula del sistema donde sin consulta o publicidad se resuelven las opciones políticas fundamentales; el resto es el “área técnica”, que es el terreno de los planeadores, programadores y administradores de las más diversas cosas.

Este nuevo estilo de poder ha ampliado muy considerablemente las funciones del estado en la sociedad sin que esto haya significado una ampliación de la participación de las masas, de la racionalidad política y de la democratización en el proceso de toma de decisiones fundamentales para la política económica y social. Al contrario, en manos de estas nuevas coaliciones, el estado de cuño tecnocrático ha sido “despolitizado”, convirtiéndose a la política en una serie de “alternativas técnicas”. Para esto se han elevado los niveles de autoritarismo político, en la medida en que las soluciones de los conflictos no han sido ya más negociadas sino impuestas por “razones de estado” o de “política de desarrollo” a los sectores sociales que se encuentran fuera de la órbita de las coaliciones dominantes. De hecho, la capacidad de imposición del estado ha aumentado muy considerablemente debido tanto a la modernización de sus procedimientos administrativos y prácticas represivas como a su presencia dominante en la vida económica.

Algunas de estas nuevas características de crecimiento sin desarrollo también están presentes en otros sectores de la sociedad. Por ejemplo, en el sector educacional. Allí se observa una elevación vertiginosa de los grados de escolaridad de la población en los varios niveles educacionales. El primer dato que llama la atención es que la población es-

colarizada ha estado creciendo en los últimos 10 años a tasas dos a tres veces superiores a la expansión de la fuerza de trabajo y al crecimiento demográfico. La matrícula de la educación media y superior ha estado creciendo a tasas del 11 y 10 por ciento, respectivamente, contra un crecimiento demográfico y de la fuerza de trabajo del orden de menos de tres por ciento. Es evidente que la población latinoamericana está recibiendo más educación formal, y en su conjunto tiene ahora más años acumulados de escolaridad. También se puede señalar que el analfabetismo disminuyó del 42 por ciento en 1950 al 24 por ciento en 1970.

Sin embargo, cuando se va un poco más allá de la observación lineal de estos datos y se los completa con algunas desagregaciones necesarias se pueden hacer algunas afirmaciones mejor fundadas. En primer lugar, se está aún lejos de una escolarización completa de los niños en edad escolar. Las tasas son variables, pero con la excepción de Cuba, Argentina, Uruguay y Chile que están muy próximos a incorporar a todos los niños a la educación primaria, en los otros países quedan contingentes considerables de niños fuera de la escuela. A ello hay que agregar que la mayoría de los que ingresan no concluyen la educación primaria, quedando muchos de ellos en situación de semi-analfabetos porque no alcanzan a completar el número necesario de años de escolaridad para ser definitivamente alfabetos (4 o más años).

En contraste, la escolaridad en la enseñanza media y superior es comparativamente muy alta, teniendo algunos países de la región, Argentina y Uruguay, tasas de escolaridad más altas que la mayoría de los países europeos. Entre la educación primaria, por un lado, y la secundaria y superior, por otro, hay un evidente cuello de botella que destaca muy bien la manera como se opera la selección social a través del proceso educacional. La educación primaria tiene varias funciones, pero una de ellas es la de bloquear el acceso para la mayoría a la educación secundaria y superior. En términos de clases sociales estos niveles educacionales tienen una población muy homogénea y que es el resultado de la selección social al nivel primario. Además, las instituciones privadas de nivel medio y superior tienden a reforzar estas tendencias selectivas y discriminatorias.

Estos datos y otros que los corroboran, parecen revelar varias cosas. En primer lugar, que la participación educacional se ha estado expandiendo a ritmos más rápidos que otros importantes tipos de participación social y económica, como son, las ocupaciones y la distribución del ingreso. Luego, se puede suponer que se ha producido una creciente democratización educacional con la ampliación del acceso escolar que se ha expandido aceleradamente. Finalmente, se podría sugerir que la educación ha estado actuando como un importante canal de movilidad social ascendente para grupos numéricamente importantes de la sociedad.

Como ya fue anticipado, hay serias dudas de que estas conclusiones reflejen bien la realidad. Si se observa el problema desde un ángulo político se puede constatar rápidamente que la expansión educacional

ha significado ampliar un tipo de participación social que para los sectores dominantes implica los menores costos políticos y económicos. Ciertamente, la educación ha servido para canalizar hacia ella muchas aspiraciones sociales que de otra manera se hubieran proyectado sobre la economía y el poder político y social. Como es bien sabido, las aspiraciones educacionales significan una transferencia, de las viejas a las nuevas generaciones, de las pretensiones para obtener mejores condiciones de vida y ocupaciones, recibir más ingreso económico, y tener más prestigio y poder social. De esta manera se postergan aspiraciones presentes que se proyectan sobre el futuro, produciéndose así una descompresión de las tensiones potenciales que temporalmente quedan neutralizadas.

En efecto, cuando se produce esta transferencia hacia las nuevas generaciones, las aspiraciones actuales de la generación madura quedan en alguna medida diferidas hasta que se concluya el ciclo educacional de los hijos y alcancen edades que les permitan incorporarse al mundo adulto. Esta postergación de aspiraciones y las ilusiones que se proyectan sobre los hijos alivian circunstancialmente y sólo por unos años a los grupos hegemónicos de las presiones que de otros modos se harían sentir sobre las bases sociales del poder, es decir, sobre las ocupaciones, la distribución del ingreso, el consumo y la participación política.

Muchos gobiernos latinoamericanos han animado y estimulado al máximo la expansión educacional como una forma de incorporar amplios sectores de las clases medias y de los sectores altos de proletariado industrial urbano al "establishment" político y económico, dando la ilusión de una democratización educacional que está lejos de ser efectiva. Varios procesos concomitantes se pueden identificar al respecto. En primer lugar, que la estructura educacional de todos los niveles, pero más especialmente de los superiores, se ha estado diferenciando internamente de tal modo que se ha constituido una jerarquía de prestigio de las instituciones que refleja en gran parte las características principales de la estructura de las clases sociales. En rigor, y en una medida mucho mayor que en el pasado, hay ahora grandes desniveles cualitativos y de prestigio en las instituciones de la enseñanza media y, mucho más, en la educación superior. Estas jerarquías de prestigio educacional tienen consecuencias diversas y fundamentales tanto sobre la continuación de la carrera educacional a etapas más altas como sobre la oportunidad ocupacional de los egresados de cada institución. Los mercados profesionales están segmentados por las diferencias de prestigio que operan como verdaderas barreras que vedan el acceso a las más importantes ocupaciones.

A esto hay que agregar el fenómeno de la llamada inflación educacional de las ocupaciones, que se traduce en una elevación continua de los umbrales educacionales para ingresar a las mismas ocupaciones, sin que en la mayoría de los casos haya razones funcionales que justifiquen esta elevación. De manera que la gente que ahora tiene más años de

escolaridad no por eso ha mejorado en la misma medida sus posibilidades ocupacionales. Una persona con educación secundaria es muy posible que tenga ahora un nivel ocupacional equivalente al de su padre que nunca fue más allá del nivel primario.

Por otro lado, la estructura ocupacional de la fuerza de trabajo no se está modernizando a un ritmo suficientemente rápido, lo que no permite incorporar a todos los más educados en las ocupaciones del sector moderno. Una de las consecuencias posibles de este proceso es que al cabo de unos pocos años la educación formal se vuelva una fuente de intensas frustraciones que puede tener amplias repercusiones en los sectores más estratégicos de la sociedad, que se habían tratado de preservar contra las presiones sociales de los sectores marginados del "establishment".

En algunos países latinoamericanos, donde el crecimiento educacional se anticipó considerablemente y que han estado registrando altas tasas de escolaridad media y superior desde hace ya unas décadas, se ha estado formando un "proletariado" educado que está desempleado o mal empleado y que revela tendencias hacia una radicalización ideológica bastante considerable. No es por azar que los tres países donde ya se ha formado ese proletariado educado, que son Argentina, Chile y Uruguay, estén experimentando fuertes conmociones políticas, en cuya producción estos grupos tienen una participación muy activa. Quizá sea en el Uruguay donde la existencia de esta situación se presente con más evidencia.

De todas maneras, el carácter socialmente selectivo de la educación, que parece haberse agudizado en la medida que las sociedades se vuelven crecientemente tecnocráticas y burocratizadas, y meritocráticas en sus mecanismos de selección de personal, a lo que se agrega el estrangulamiento ocupacional que es la consecuencia de un sector productivo moderno que se expande muy lentamente, han echado por tierra la ilusión de la democratización social que la educación engendraría fuera de su propio ámbito. Hoy se hace evidente que movilidad educacional es una cosa y movilidad ocupacional es otra distinta, y que sin esta última la movilidad educacional tiene muy pocas consecuencias sobre los niveles de ingreso monetario, la cantidad y calidad del consumo, y otros tipos de participación económica y social.

En la evaluación de la dinámica educacional latinoamericana hay un aspecto que puede considerarse positivo. Por más que sea evidente que la educación transmite en gran parte la cultura e ideología de las clases dominantes, su impacto sobre los sectores populares no se agota con esta función. Al introducir conceptos científicos y al activar la capacidad psicológica de los estudiantes, la educación inevitablemente eleva los niveles de racionalidad social y política de las masas, por más aienador que sea el contenido de su mensaje ideológico. No estoy aquí ignorando la función conservadora de la educación, sino destacando otra fuerza que ella genera y que no puede controlar, que es la dinamización de la conciencia social y política de las personas que experimentan

su influencia, sobre todo, en las etapas más avanzadas. Los movimientos estudiantiles latinoamericanos reflejan —y confirman— la existencia de esta influencia movilizadora.

El poder movilizador de la educación moderna es muy grande y la introducción de la racionalidad científica tiene un profundo impacto psicológico con consecuencias en muchas áreas de la conducta social. La actual expansión de la educación latinoamericana, junto a otros factores que se encuentran en operación, tendrá repercusiones muy importantes sobre la dinámica política y social de la región en un plazo que diferirá de país a país pero que no será de muchos años.

Las preguntas que ahora se imponen son: ¿hacia qué tipo de sociedad evolucionan los países capitalistas de la región? ¿Cuáles son las tendencias que se concretarán en el corto, mediano y largo plazo? ¿Y cuáles son las condiciones internas y externas que las moldean, estimulan o bloquean, en el presente histórico de América Latina?

En primer lugar, cabe hacer algunas reservas sobre la posibilidad de intentar evaluaciones precisas sobre las tendencias futuras de las sociedades latinoamericanas aunque sea limitándose, como en nuestro caso, a las de tipo capitalista. Por ejemplo, los grados de desarrollo difieren muy considerablemente, tanto que entre la Argentina y Haití las diferencias en los más importantes indicadores económicos y sociales son mucho mayores que entre la Argentina y los Estados Unidos. Éste es un argumento fácil y ciertamente impresionante, que tiene algún grado de realidad. Otros argumentos que habitualmente se hacen para resaltar la diversidad regional son los relativos a la heterogeneidad cultural y productiva de los diversos países. Quizá el más contundente de todos los reparos a la tentativa de considerar el conjunto de los países capitalistas regionales como una unidad sea el que pone énfasis en la importancia del tamaño del territorio y la población de cada uno de ellos, como un factor que determina tendencias u oportunidades muy diversas para desarrollarse autónomamente.

Sin pretender negar las obvias diversidades existentes y sus efectos sobre el presente y futuro de cada país, lo que importa aquí es destacar algunas situaciones comunes que tienen una gran fuerza condicionante sobre las alternativas que están efectivamente en juego y que en gran medida restan significación a los factores de diversidad que fueron mencionados. Cuando se habla de subdesarrollo, dependencia externa y de la presencia militar creciente en los procesos de dominación política, se está aludiendo a situaciones que en grados diversos están presentes en todos estos países y son generadoras de tendencias que se mueven paralela o convergentemente. Es a estas situaciones comunes que nos vamos a referir principalmente en los comentarios que siguen, que estarán más centrados en las relaciones entre los procesos sociales y las tendencias políticas.

Como una introducción a la discusión posterior de las tendencias actuales, habría que mencionar, siquiera sea someramente, la naturaleza y dinámica del sistema capitalista mundial, del cual los Estados Unidos

constituyen su principal poder hegemónico, mundial y regional. Parece cierto que hemos entrado ya —y profundamente— en una nueva fase que se caracteriza por nuevos tipos de relaciones y control de los países centrales con respecto a su periferia subdesarrollada. Entre los elementos que se han agregado al conjunto del sistema capitalista mundial hay dos que se destacan por la posición predominante que han alcanzado en las relaciones internacionales en los últimos años. Se trata de las llamadas compañías multinacionales y del control de la producción y transferencia de tecnología compleja.

Éstos son los pivotes esenciales de la dinámica expansiva y hegemónica actual de los países capitalistas centrales. En rigor, el proceso de transferencia de tecnología es en gran parte controlado por las compañías multinacionales, que son las que definen las oportunidades, las condiciones y la naturaleza de mucha de la tecnología que fluye hacia los países subdesarrollados. Ésta es la forma más sutil y de mayor penetración de la dependencia externa, pues llega al núcleo de las estructuras fundamentales de la producción e influye sobre la intensidad y orientación del crecimiento económico. El control de la producción y la transferencia de tecnología tiene hoy el rol que en el pasado del capitalismo jugaron la industrialización y el capital financiero. Si bien por una parte es el cemento que aglutina al sistema capitalista mundial, por la otra, el control tecnológico es esencial para los mecanismos que mantienen y acentúan las grandes disparidades entre los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados.

Al mismo tiempo que han cobrado vigor estas tendencias, se ha producido una reestructuración del sistema internacional. A la quiebra del monolitismo de los bloques de la guerra fría ha sucedido una estructura de poder internacional más fluida y diversificada, con varias polarizaciones en rápida expansión y vigorización (China, MCE, Japón) que compiten con los antiguos polos hegemónicos (EEUU, URSS). Esta reorganización del poder internacional no ha ocurrido sin fricciones, pero las potencias hegemónicas han conseguido en todos los casos y desde la última guerra mundial, transferir la guerra hacia la periferia subdesarrollada. Efectivamente, en estas décadas la guerra ha cobrado una nueva fisonomía acorde con las nuevas condiciones del sistema internacional, y su función se ha reducido a ajustes perimetrales en las áreas de influencia de los bloques hegemónicos, en luchas en que los combatientes principales han sido los países subdesarrollados.

Se dice generalmente que éstos no han sabido aprovechar bien las fisuras que presenta el sistema internacional de poder para superar la brecha que los separa de los países industrializados. Sin embargo, el juego político posible tiene límites más próximos y rígidos que lo que desearía suponerse. Las conferencias del UNCTAD revelan de qué manera y hasta qué punto los países centrales, de todos los bloques hegemónicos y colores ideológicos, son capaces de establecer coaliciones, implícitas y explícitas, para enfrentar la acción conjunta de los países subdesarrollados para mejorar su posición en el comercio mundial.

Ciertamente no hay que fantasear mucho sobre las aperturas que hacen posibles estos cambios en la política internacional. En América Latina, el poder hegemónico de los Estados Unidos es indisputado, sobre todo después de la crisis cubana de 1962. Esto no quiere decir que no haya alternativas, y en este sentido se puede confrontar la situación actual de Chile con la de Santo Domingo después de la invasión norteamericana. Éstos son efectivamente los parámetros de las posibilidades actuales de cambio de sistema, mayores por cierto cuanto más lejos de los Estados Unidos y mayor sea el tamaño del país.

Luego de estos someros comentarios sobre las tendencias y condicionamientos internacionales, cabe ahora señalar de una manera muy provisional cuáles parecen ser los principales dinamismos y tendencias internas.

A corto plazo, las tendencias no son difíciles de imaginar y se puede decir que están polarizadas en dos dinamismos en conflicto. El primero es el del aumento de las presiones sociales y políticas para alcanzar niveles más elevados de participación social general, sea por factores estructurales como son la explosión demográfica, la urbanización y las migraciones sociales, sea por el desarrollo de una conciencia social que promueve las identificaciones fundamentales con unas clases sociales más organizadas y agresivas en sus diversos tipos de práctica social. Esta expansión de las aspiraciones de participación en todos los sectores y niveles de la sociedad constituye —como se sabe bien— uno de los factores fundamentales del proceso de modernización, que presiona y se expresa en el sentido de la ampliación de los canales de democratización fundamental y para el logro de una mayor equidad social.

El otro dinamismo es el de la concentración de la propiedad, del ingreso y del poder, que ha venido registrándose consistentemente en América Latina durante las últimas décadas. Esta concentración del poder, debida a la presencia militar y a las tendencias crecientemente autoritarias de los gobiernos de muchos países regionales, no puede ser compatible con las aspiraciones de los nuevos contingentes de masas populares que se movilizan social y políticamente, a partir de nuevas experiencias sociales, entre las que la educación formal juega un papel muy importante. Por más que se utilicen todas las técnicas sociales de manipulación ideológica para anestesiar la conciencia de las masas y desviarlas del reconocimiento de sus intereses fundamentales, el sistema capitalista no logra superar sus contradicciones esenciales ni tampoco absorber las energías sociales que el mismo engendra. De ahí que viva en un estado de crisis permanente.

Esta confrontación conduce a la polarización de un estado que se aísla en una política autoritaria y oligárquica y que tiende por fuerza a volverse un mecanismo crecientemente manipulador y represor al enfrentar las aspiraciones de los sectores sociales postergados. La dinámica social y política tiende a establecerse entonces no ya como una reivindicación social limitada, sino como una confrontación que se dirige contra las bases mismas del sistema hegemónico, lo que hace que las

tensiones sean máximas y se expresen bajo formas más violentas e intranquias. La respuesta del poder es consecuente: a la amenaza a su continuidad contesta con mayor represión a los jóvenes universitarios, intelectuales y movimientos políticos que son los focos de la pugna. A la violencia personal e institucional, sigue la violencia ideológica del poder, que prohíbe y mutila las ideas y las fuentes de expresión de la oposición, al mismo tiempo que se promueven campañas para ofuscar a las masas usando de todos los medios de difusión posibles.

Todos los datos disponibles indican que la tendencia de los años próximos es a que esta brecha se acentúe hasta convertirse casi en un abismo entre los beneficiarios del "establishment" político y las masas en proceso de creciente concientización y al margen de las ventajas generadas continuamente por la modernización económica. La evolución de esta confrontación dependerá obviamente tanto de la capacidad de las coaliciones hegemónicas para renovarse y enfrentar las presiones crecientes de los nuevos sectores sociales no participantes ni incorporados al sector moderno de la economía, como de la energía social que estos sectores sean capaces de movilizar y de la racionalidad y organización con que puedan orientarla hacia los objetivos más estratégicos de la situación de poder. Quizá en el futuro pueda invertirse esta tendencia con la consiguiente reducción de las tensiones sociales que seguirán a mejoras considerables en el bienestar económico y social de las masas. Pero en el corto plazo no parece que esta solución sea accesible.

Es difícil determinar cómo evolucionará todo esto en términos más concretos. No obstante, trataremos de aproximarnos un poco y nos arriesgaremos a formular algunas precisiones. La primera es que el futuro inmediato de muchos países latinoamericanos no será ciertamente pacífico. Con esto no quiero decir que habrá necesariamente revoluciones sociales; simplemente afirmo que la expresión política de las necesidades sociales tomará formas crecientemente tensas y violentas, no excluyendo de esto diversas formas de terrorismo y guerrilla urbana y rural. La violencia de la lucha será correlativa en gran parte al creciente autoritarismo de los gobiernos.

Desde luego esta situación generará consecuencias de tal naturaleza que se pueden plantear —quizá más por necesidad de simplificación— como una disyuntiva. Por un lado, reforzará las actuales tendencias defensivas del capitalismo y conducirá a la formación de coaliciones cívico-militares donde la presencia militar será más dominante y activa que en la actualidad. Esto significará un mayor poder del estado para promover un proceso de modernización económica dentro de moldes tecnocráticos y en favor de los grupos que integran la coalición. La posibilidad de persistencia a largo plazo de este tipo de coalición es ciertamente limitada, pero en muchos países de la región todavía tiene un cierto margen de maniobra y algún tiempo para accionar cediendo muy poco a la presión de las masas si es que consiguen mantener altas sus tasas de crecimiento económico.

También, por otro lado, existe la posibilidad de que donde la pre-

sión de las masas sea muy fuerte se tienda a ampliar las coaliciones con apelaciones populistas, la incorporación de nuevos grupos y la aplicación de políticas económicas más equitativas. La consecuencia de esta alternativa reformista y populista moderada puede ser —aunque no seguramente— una disminución de la presión social y una mayor legitimación del sistema. El éxito de una tentativa de esta naturaleza dependerá de muchas circunstancias, algunas de ellas externas. Sea lo que fuere, ésta es una posibilidad que está abierta y en operación, pues algunos gobiernos del área la están poniendo en práctica.

La tercera alternativa, que está fuera de la disyuntiva, es la revolución social. Me parece que la posibilidad de una explosión revolucionaria está presente en casi todas partes, pero sus posibilidades de triunfo son escasas si se consideran todas las circunstancias de la actualidad latinoamericana: las fuerzas armadas, el poder de reacción de la coalición de las burguesías y las clases medias, la posible intervención de los países limítrofes en el caso de una guerra civil, y, *last but not least*, la hegemonía norteamericana que se manifestará con todos los recursos posibles para impedir el triunfo de una revolución popular.

Aunque la revolución social radical no me parezca una posibilidad prácticamente viable dada la actual constelación de poder, no por eso dejo de pensar que América Latina se encuentra en una situación pre-revolucionaria, que puede tomar diversas direcciones. Se puede pensar que los militares podrían apoyar una revolución nacionalista y desarrollista; pero no parece razonable suponer lo mismo si se tratara de un movimiento ideológicamente más radical. Su concurso, aunque sea parcial, será decisivo para el éxito de una revolución social.

Las alternativas políticas actuales de América Latina, realísticamente consideradas, oscilan por lo tanto entre un autoritarismo semifascista y un reformismo moderado, que pueden modificar algunas estructuras y modernizar la sociedad; pero que no podrán cambiar las condiciones que permitan superar la dependencia externa. Lo más que se podrá hacer con políticas reformistas será corregir algunas de las más flagrantes injusticias con paliativos que mejorarán algo las condiciones de vida de la población marginada, pero que no modificarán sustancialmente las bases de la dominación social. La alternativa del nacionalismo populista es también de corto alcance, porque mientras no transforme los procesos de acumulación de capital reemplazando las fuentes y controles externos por otros internos —lo que exigiría una verdadera revolución, porque la acumulación tendría que volverse social—, no podrá evadirse de la coyuntura actual ni menos aún podrá superarla en el largo plazo.

Desde luego no hay evidencias que permitan anticipar un cambio sensible o una inversión de las tendencias actuales en América Latina, si es que ellas fueran las que han sido delineadas muy esquemáticamente en las líneas precedentes. El destino del capitalismo subdesarrollado es realmente trágico, porque no solamente refleja las contradicciones y distorsiones del capitalismo de los países centrales en una

versión exagerada, casi caricaturesca, sino que tiene a su vez sus propias contradicciones. La mayor de todas es que está condenado por la dependencia externa a no alcanzar la eficiencia y dinamismo de aquél. Su incapacidad congénita para incorporar a toda la fuerza de trabajo al sector moderno de la economía; la tremenda desigualdad social, con el contraste insolente entre la opulencia y la miseria, el refinamiento cultural de unas minorías extranjerizantes frente a la ignorancia abismal de las masas; la soberbia del poder autoritario ejercido sin cortapisas ni controles políticos y con la marginación de las masas de la vida política; el desarrollismo como una meta cuantitativa y meramente productiva, con el contraste entre los polos desarrollados y sofisticados y las áreas atrasadas y empobrecidas, todo esto aparece fuertemente acentuado por la situación de dependencia externa que opera como un factor distorsionador del proceso de desarrollo latinoamericano.

En general, éstos parecen ser los rasgos esenciales del perfil que presenta la dinámica del capitalismo subdesarrollado en América Latina y de las crisis que enfrenta en estos momentos: crisis de eficiencia y de estructuras, por un lado, y de equidad social, por el otro. Los mecanismos que relacionan estas dos dimensiones de la crisis son varios y complejos, habiendo sido indicados algunos de ellos en las notas que anteceden. La superación de la crisis estructural será el paso necesario para el logro de una mayor equidad social, y ambas dependerán en gran medida de nuevas condiciones de convivencia internacional, que alivien las distorsiones que la dependencia externa impone al funcionamiento del capitalismo subdesarrollado en América Latina.